

CRÓNICA DE LLENA DEL BOZO, *(LLENA DE GOZO O LLAMA DE BONZO)*

Sábado 10 de junio del año de nuestro señor 2017. Son las nueve en punto hora zulú (nunca he sabido qué narices es eso de la hora zulú, pero en las pelis de acción queda que te rilas). El mismísimo Señor Presidente me había encargado recoger con el coche en un punto determinado de Jaca, que sorprendentemente coincide con la puerta de mi casa, a dos miembros de la organización elegidos para esta misión cuya identidad me es desconocida. Nombre en clave de la cosa: Operación Berberecho.

Salgo del portal cargado con mi mochila y acompañado de mi perro Turrón, de raza "mil leches" y doce años de edad para más datos. Recorro con la mirada toda la plaza y compruebo que no hay nadie, no pasan coches, todo está tranquilo. De repente, por sorpresa y a mi espalda, aparece alguien. Cumpliendo con las instrucciones que sin duda nos había dado a ambos el Señor Presidente, procedemos al intercambio de contraseñas.

- ¿Eres Juan?
- Sí.
- Pues yo soy Javi.
- Pues hola, qué tal.

Inmediatamente mi perro, adiestrado para ser una máquina de matar de risa, se lanza sobre él y se empieza a refrotar en su pierna. Antes de poder darle un tirón de correa, Juan me dice que no me preocupe, que lo que pasa es que él huele a perro. Me dieron ganas de decirle que si huele a perro, debería considerar la posibilidad de ducharse, pero como no hay confianza para chascarrillos, mejor me callo. En vez de eso, le digo que voy a aprovechar que todavía no estamos todos para subir el perro a casa y comprar algo de comida. El hecho de que mis hijos se comieran para desayunar el pan que yo tenía reservado para hacerme el bocata era el delicado prelude del drama que se avecina.

Tras salir del super, conozco a la compañera que faltaba por llegar. Me dice que se llama Cristina, que es enfermera en la UCI de neonatos y no puedo evitar pensar que si se trabaja en un sitio así es porque se es una excelente persona. Como eso es políticamente más correcto que lo del olor de Juan, me animo a decírselo. El caso es que salimos los tres de Jaca en mi coche siguiendo al de otros miembros del club a los que también acabo de conocer mientras Juan decide

usar su zapatófono para comunicar al Señor Presidente que la Operación Berberecho está en marcha.

Enseguida me doy cuenta de que el compañero que conduce el coche de delante se transforma en Lewis Hamilton a los mandos de su monoplace de fórmula uno. Entretanto, la dulce Cristina, enfermera de neonatos ella, me dice que esa música blandengue de Metallica que llevo puesta ni es heavy metal ni es ná, que ella se ha apuntado a esta salida casi de casualidad, que se ha subido ya todos los picos importantes del pirineo y del mundo mundial y que tiene amigos en el GREIM (esas siglas me suenan de algo y no sé de qué) con los que se va a hacer barrancos, a escalar, bucear, saltar en paracaídas y todo eso que hace la gente que está chalada. Creo que también dijo que ella para relajarse masticaba cristales; o algo así.

Y allí estaba yo, estresáito perdido, a punto de gripar el diesel de mi suegro, con la novia de Rambo contando una vida tan intensa que se fue de vacaciones a los Marines y ocuparon el Golfo Pérsico, mientras Juan me daba indicaciones de copiloto a lo Luis Moya para que no nos saliéramos en las curvas ni perdiéramos el coche de delante que nos llevaba a carajo sacado por una de esas carreteras por las que no van ni las ondas de radio. Después de media hora de tramo puntuable para cualquier rally, salgo del coche con un tic en el ojo, faltándome el aire, con dolor en el pecho y una tiritona en el pulso que si fuera a robar panderetas sería mi ruina. Cristina se dirige al maletero y, mientras me dice "Esto lo voy a dejar aquí porque no creo que lo necesite", veo claramente como saca de su mochila una metralleta y un juego de cuchillos. Aunque a lo mejor eran un piolet y unos crampones.

Nos juntamos todos en el aparcamiento y nos tiramos las fotos de rigor antes de empezar a andar. Pasamos por la pequeña puerta habilitada al efecto en la verja que da acceso a la ruta. Cuando le toca su turno, María Jesús, como buena aragonesa que es, decide agrandar el espacio de la puerta con la cabeza; puede la verja y María Jesús se hace un bonito chichón en su bonita cabeza.

Empezamos a andar y desde el primer momento tenemos a la vista nuestro objetivo, la Llena del Bozo. Pregunto en voz alta que para qué vamos a subir si se ve bien desde donde estamos, pero nadie me hace caso. Yo que me he apuntado al club solo por los huevos fritos... Pero bueno, como es la segunda salida que hago con el Reicaz y todavía conservo mi condición de pipiolo advenedizo, opto por no insistir en quedarnos mojándonos un poco los pies en la cascadita del principio y luego ir directamente a por los huevos fritos. En vez de

eso, camino en silencio confiando en que iremos todos juntos, como hace todo grupo cohesionado en el monte. Pero no. Poco después de empezar, el grupo de quince montañeros se convierte en muchos grupos pequeñitos donde los unos no saben dónde están los otros o si tienen algún problema. Me digo a mí mismo que eso tiene que obedecer a una razón que desconozco y enseguida caigo en la cuenta de que aquí casi todo quisqui es abogado; con un poco de suerte, a alguien le pasa algo, se queda más tirao que un trapo y hay un buen pleito. Que tíos.

En esto que veo que alguien que no conozco y viste una camiseta dos tallas menos que la suya está como esperándome. Cuando llego a su altura, inclina un poco la cabeza, me mira de arriba a abajo con ojos inquisidores y me suelta un "Tú...¿No serás mariquita o podemita?" Así, sin anestesia ni nada.

Es posible que hasta ahora haya exagerado un poco el relato -ojo, solo digo que es posible, un poquito- pero os juro por mis churumbeles que la pregunta es literal. Le contesto que no soy ni lo uno ni lo otro y él se aleja mascullando algo ininteligible, no sé si decepcionado o aliviado. A estas alturas de la jornada, quizá por el sol que me está dando en la cabeza y después de lo vivido en el coche y fuera de él, no puedo apartar de mi mente la imagen de Obélix tanteándose la sien con el dedo y diciendo: "Están locos estos romanos".

Y seguimos subiendo, todos desperdigados, para juntarnos solo momentáneamente en una pequeña sombra a beber un buchito y comer algo rápido. Mientras saboreo un poco de chocolate puedo oír como el que estaba a mi lado le dice de forma libidinosa a otro que le coma todo el plátano. Detrás, los demás se pelean a codazos por la poca sombra que hay. Vamos, lo normal entre letrados.

Seguimos subiendo en dirección al collado que hay entre la Llena del Bozo y la Llena de la Garganta y llegamos a la horrorosa cantalera, coronada por un nevero demasiado duro y demasiado inclinado como para pisotearlo en zapatillas. Para entonces ya pudimos disfrutar de la vista de varios sarrios que aparecían fugazmente ante nosotros y desaparecían a toda velocidad. Bueno, todos menos uno de color azul que siempre andaba enriscado a cierta distancia sin alejarse ni acercarse demasiado.

Llegados a cierto punto, había que elegir. O seguir subiendo por la rimaya pegados a la pared sin pisar nieve o atravesar el nevero solo unos pocos metros. La primera opción era peligrosilla, sobre todo si te quedas ahí parado charlando, por el riesgo de caída de piedras provenientes de la pared que teníamos encima; y la segunda también era peligrosilla sin piolet y crampones, por no decir imposible para los

que iban en zapatillas. Creo que fue Víctor el que se puso los crampones e hizo una intentona, pero como no llevaba piolet, notó cierto sabor a yema en la garganta y optó por pisar en seco. Un poco antes yo mismo le tomé el pulso al nevero sin piolet ni crampones y noté el mismo sabor a yema.

Para entonces la mayoría del grupo ya había superado ese tramo en el que había que enriscarse un poco y creo que solo quedábamos, además de un servidor, Víctor, Juan, María Jesús y Cristina; ya sabéis, la enfermera de neonatos que es cinturón negro de alpinismo, submarinismo, paracaidismo, judismo, karatismo y todo eso. Nos plegamos los bastones y empezamos a trepar. Nos vamos ayudando unos a otros y en un momento dado le indico a Cristina donde puede subir el pie. Me dice: "Sí, claro, como tú tienes el doble de piernas que yo..." Como ella es facultativa de la cosa y está más familiarizada que yo con los trastornos anatómicos, le pregunto horrorizado: ¿¿Tengo cuatro piernas!!?? Cristina, en vez de contestar, me mira fijamente, sube el pie y me pega un pisotón, tras lo cual aprovecha a hacer círculos con la bota con mi mano debajo. ¿Enfermera de neonatos? Yo creo que se los come untados en el café.

Acto seguido miro hacia arriba y veo a María Jesús, que por el motivo que fuera ha cogido una piedra, me apunta a la cabeza con ella y me la tira. Suelto un alarido de dolor, le digo que ha fallado porque me ha dado en el pie pero que me sale mucha sangre y me contesta que soy un exagerado. ¿Exagerado yo? Hombre, por favor.

Salimos de la rimaya, le pido a las chicas que no me peguen más, que me van a dejar como los pollos de Simago, y llegamos al collado donde están todos esperándonos y comiendo. Compruebo con sorpresa que el sarrio de color azul también está allí, mucho más cerca de nosotros, aunque no dura mucho y se vuelve a enriscar a una distancia prudencial. Para hacerme el bocadillo le pido a Juan que me preste la navaja que ya teníamos apalabrada y cuál es mi sorpresa cuando veo que alguien se adelanta al movimiento, hurga en su pantalón y despliega la suya con la habilidad de quien ha practicado durante años entre bandas latinas. Creo que era el mismísimo Señor Presidente.

...Y seguimos subiendo. Afrontamos ahora un tramo rocoso más aéreo y muy bonito tras pasar por unas praderas plagadas de flores edelweiss casi todas marchitas. Unos dijeron que ya han pasado la floración, otros que todavía no les toca, pero yo creo que lo que estaban era acojonadas al vernos llegar.

¡Cima! La vista es preciosa. Contemplamos las próximas cumbres de la Llena de la Garganta y del Aspe con sus impresionantes cortados orientados hacia la chorrota de Aspe y valle francés del

mismo nombre. Balaitus, Midi, Picos del Infierno... todos los demás se ofrecen a nuestra vista bajo un espléndido cielo azul mientras notamos una suave brisa en la cara. Más al oeste divisamos perfectamente el Valle de los Sarrios, Sierra Bernera, el Bisaurín, Puntal de Secús... Un mundo maravilloso del que solo podemos disfrutar los que amamos este deporte, que más que un deporte es una forma de entender la vida. Siempre he pensado que la montaña es ideal para inculcar valores como el esfuerzo, la constancia, la confianza en uno mismo en el sentido de fijarse un objetivo y conseguirlo, siempre después de una dedicación prolongada, costosa, sin trampas. Y qué decir de la solidaridad. El afán por la satisfacción inmediata o el éxito a costa de los demás no caben en la montaña. Cada vez que se alcanza una cima, se forja el carácter de una buena persona; y si encima se hace en compañía de gente como vosotros, mejor que mejor. Y aquí tampoco estoy exagerando.

Como estábamos todos muy contentos en la cima, pues nos dimos unos besitos y unos arrumacos para felicitarnos por nuestro éxito. Hacemos bocado con lo que nos queda en la mochila, bebemos un poco, las fotos de rigor y listos. Con eso de las fotos se mascó la tragedia. Y no me refiero a cuando el mismísimo Señor Presidente estuvo a punto de salir despeinado en una (que para él habría sido más que trágico), sino porque el mismísimo Señor Presidente se empeñó en subirse encima de la última piedra del hito de metro y medio de alto que tenía delante para sacarle una foto a las chicas en plan "Ángeles de Charlie". Hizo varios intentos y las piedras le avisaron de que iban a ir al suelo con él después, pero el mismísimo Señor Presidente aguantó el tipo y el equilibrio a la pata coja encima de una tembladera de piedras que habrían bastado para despeñarle primero y sepultarle después.

Comenzamos la bajada por otra ruta que tenía muy bien controlada Juan, el encargado de guiar la actividad ese día, aunque he de decir que guiar, guiar, lo que se dice guiar, no guió a casi nadie. El sarrio de color azul fue en todo momento el primero, y de ahí hacia atrás, todo el grupo éramos una sucesión de puntos de colores en el monte con una separación mínima de quinientos metros entre unos y otros. Pero Juan se lo curró y yo tenía que decirlo.

La bajada no iba a ser menos emocionante que la subida. En cuanto llegamos a unos pequeños destrepes, Cristina, la enfermera que ya sabemos que desayuna neonatos, duda sobre dónde poner los pies, levanta la vista, se da cuenta de que estoy cerca, me mira con cara de chungu de extrarradio y me grita: ¡¡¿Porqué no vienes?!! En cuanto oigo esas palabras pienso que una tía que bucea con los Navy Seals y que dobla en las escenas difíciles al Chuck Norris y al Stallone seguro que tiene mejor puntería que María Jesús y como coja una

piedra me da en toda la cabeza. Doy un respingo y me planto corriendo donde está ella para ayudarle.

No hago más que recuperarme de esto último cuando bajo los primeros metros de una cantalera y veo como un compañero del grupo ha decidido pararse, meterse la mano dentro de los pantalones y proceder a un meneo un tanto sospechoso. A modo de justificación, él nos mira a todos y exclama: "¡Un tirón! ¡Un tirón! Me tengo que dar friegas". Todos le decimos que la rigidez prolongada y más o menos involuntaria del músculo que se está tocando no se llama tirón; y que más de dos friegas ahí tampoco se llama así, sino que ya es onanismo puro y duro. Él insiste, y para documentarlo identifica el músculo que se masajea con una palabreja ininteligible para los que somos de letras. Yo me encojo de hombros y me digo a mí mismo que en mi barrio a ese músculo siempre le hemos identificado con una palabra que empieza por la letra "p" y rima con olla. Pero como tengo que guardar las debidas formas de un letrado del ICAHU, olvido por un momento mis orígenes barriobajunos y no digo nada. No desiste el compañero en su esfuerzo de justificación y argumenta algo así como "Es que...después de lo que hemos hecho..." Dudo por un instante sobre a qué se refiere y entiendo que minutos antes estábamos en la cima dándonos besos y abrazos que alguno aprovechó para refrotarse más de la cuenta, pero sinceramente creo que no era para tanto. La imagen de Obélix señalándose la sesera y diciendo eso de "Están locos estos romanos", aparece ahora en mi mente con más fuerza que nunca.

Y nada, que seguimos bajando en dirección al collado del Bozo, siempre con el sarrío de color azul recortando silueta en el horizonte. Hay que decir que la ruta es muy bonita y poco transitada. En cosa de dos o tres horas estábamos atravesando los llanos de Napazal para después meternos en los coches y dirigirnos a Aísa en busca de los ansiados huevos fritos.

Una vez allí, hicimos un alarde de coordinación, eficacia y buena organización como solo puede darse entre gente con estudios superiores. Mientras unos nos bebíamos la cerveza y pedíamos huevos fritos en un bar, otros hacían lo propio en otro bar distinto. Y menos mal que en el pueblo solo hay dos bares. Superado el momento de caos, los que estábamos en uno nos apuramos la cerveza y nos dirigimos al otro local tras ser conminados a ello por el mismísimo Señor Presidente y animados también por los tatuajes, la mirada vidriosa y el color de las uñas del cocinero de donde estábamos. Al salir, creo que fue Alejandro quien dijo: "Es una lástima, ese nos habría hecho unos huevos a la marihuana riquísimos."

Entramos en el bar definitivo y me llevo la agradable sorpresa de que el sarrio de color azul avanza en su proceso de adaptación al ser humano y está sentado en la mesa; incluso maneja cuchillo y tenedor. Por fin ha llegado lo que todos queríamos; jarrita de cerveza y reponer el colesterol desperdiciado por esos montes de Dios. Alejandro aprovecha la ocasión para explicarnos a todos lo equivocados que estamos por llevar líquido al monte. Él nunca lo ha hecho, confiando en que ya encontrará agua por ahí. Me viene a la memoria el caso de cierto montañero de misma filosofía que Alejandro, que se tuvo que beber su propia orina para no morir deshidratado antes de que un enfermero y yo le encontráramos y le tuviéramos que meter tropecientas bolsas de suero por vía intravenosa, pero estoy muy liado con los huevos fritos y no se habla con la boca llena.

Entonces llegó la guinda. El mismísimo Señor Presidente y José María me proponen ambos al unísono el hacer la crónica de la excursión. Les informo de que no creo que sea buena idea. Yo he sido funcionario (militar para más INRI) durante veinte años, lo cual quiere decir que no estoy acostumbrado a pensar. Y para escribir hay que pensar. Me niego. Insisten. Me vuelvo a negar. Vuelven a insistir. Les advierto que yo con un ordenador no paso de hacer buena letra, que lo demás puede ser nefasto. El mismísimo Señor Presidente me dice que por el artículo dieciocho voy a hacer yo la crónica y punto pelota. Nscht...buufff.

Y con esa pesada losa sobre mí, me terminé los huevos fritos, repasando mentalmente lo que me había pasado ese día, cuestionándome aquello que yo creía que era incuestionable y llegué a la conclusión de que en esta vida incierta pocas cosas son seguras.

Lo que sí es seguro es que después de esta deposición de letras, jamás me volverán a proponer que haga yo la crónica. Y que sois todos una gente estupenda.

Javier García Alonso.